

Bufeos

Existen. Y están al acecho

Marina Nill

Bufeos

Existen. Y están al acecho.

Marina Nill

2008 – Resistencia ARGENTINA

Todos los años, sacaba una caja del fondo de su ropero, de debajo de la ropa de invierno prolijamente guardada. Era una caja de zapatos, muy vieja. Era curioso que el período más importante de su vida, el que había hecho posible todo lo que vino a continuación, cupiera aquí. Un cuaderno de apuntes en excelente estado, unas cuantas fotos, unas cartas, una entrada al cine, la hoja de un periódico...

Años atrás, cuando esto era reciente, su corazón dolía a morir con sólo recordar la existencia de la caja. La única manera de poder abrirla era tener a Celeste cerca, estar conversando con ella de asuntos ajenos. Luego, Celeste creció y empezó a preguntar. Para entonces descubrió que podía revivir aquellos momentos nostálgicamente, sin aquel dolor lacerante. Y aprovechaba cuando Celeste estaba en casa de sus amigas para recordar.

Ahora no sentía nada al revisar el gastado contenido. Era como recordar una vieja película, como revisar los tesoros de alguien más. Hasta creía poder deshacerse de todo eso sin lamentarlo. Pero sabía que lo sentiría por Celeste. Aquí estaba su pasado, su origen. Algún día, cuando madurase, cuando fuera más sencillo hablar con ella de temas profundos y complejos, podría obsequiarle la caja y explicárselo todo.

Algún día... Tantos años llevaba repitiéndose lo mismo, que ya no lo creía. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil vislumbraba todo. Algún día...

Capítulo 1

Nada hacía prever la tempestad que se estaba gestando. El calor, a esta altura del año, era inevitable y alguna que otra tormenta, factible, pero nadie esperaba algo de tal magnitud.

Poco después de las siete de la mañana, una brisa sospechosa comenzó a agitar las copas de los árboles y las breves faldas de aquellas osadas que recién regresaban a casa luego de una noche de baile y tragos. El viento pronto se violentó con una fuerza inusitada. Muchos de los que aún esperaban impacientes en la parada del autobús, lo pensaron mejor y regresaron a la seguridad de su hogar.

No fue el caso de la doctora Devoto. Para cuando la brisa mutó en un vendaval arrollador, ya estaba en el interior de una unidad, apretujada contra el resto de los pasajeros como sardina en lata. Preocupada, pensó en su hija, Celeste, que en estos momentos estaba yendo en bicicleta hacia la facultad. Ya sería un contratiempo que lloviera, pues aquella zona quedaba totalmente inundada, pero estos vientos... eran de temer.

Mientras se equilibraba aferrándose al pasamano, chocando contra otros pasajeros a causa de las bruscas maniobras del chofer, alegró sus pensamientos con la expectativa de la cercana Navidad. ¡Solamente faltaban dos días! Ya tenía todos los obsequios, que por una cuestión de excesiva antelación –y recordando lo desagradables que se tornaban las compras a última hora, con el calor y el gentío amontonándose en las tiendas– tenía escondidos en un cajón de su ropero desde hacía un mes.

Lo más probable era que nuevamente fueran todos en alegre manada donde la vieja tía Luli. En todo caso, a pesar del contento que implicaba volver a encontrarse, a Evangelina no la hacía demasiado feliz la perspectiva de compartir la velada con tanta gente. Tíos, primos, los hijos de los primos... En definitiva, podría saludarlos y verlos, pero difícilmente tendría una conversación profunda con alguno. Y durante el año estaban todos tan ocupados, que postergaban las visitas una y otra vez... hasta las fiestas de fin de año.

Un crujido fuerte seguido por una especie de temblor interrumpió sus pensamientos. Al observar a través de la ventanilla vio tumbado, atravesando la calle de vereda a vereda, exactamente donde acababa de pasar el ómnibus, un gigantesco chivato. Mientras ella permanecía aturdida, el resto de los pasajeros emitían exclamaciones de susto y asombro...

La verdadera dimensión de la catástrofe asomó desde el trayecto de la parada hasta su lugar de trabajo. En casi todas las cuadras había por lo menos un árbol caído. Algunos habían arrastrado consigo un lío de cables; los vecinos conversaban entre ellos, fastidiados ante la perspectiva de permanecer vaya a saberse cuánto tiempo sin energía eléctrica, línea telefónica o televisión por cable. La plaza central parecía un campo de guerra. Pero hasta donde se alcanzaba a ver, los daños eran solamente materiales. Hasta el momento no se había oído la sirena de la ambulancia.

Cuando faltaba apenas una cuadra para llegar a la clínica, empezó a diluviar. La doctora corrió aprovechando la comodidad de sus zapatillas. A medida que se acercaba, podía observar con mayor nitidez las palabras armadas con gruesas letras plateadas al frente de la construcción. “ANANDA. Centro de Atención Psiquiátrica con Internación”. Sonrió como cada vez que recordaba el momento cuando le sugirió el nombre al director de la nueva institución. Ananda significaba “felicidad”, explicó. Lo que omitió convenientemente, fue que en idioma hindú. Tampoco se lo preguntaron. Como estaba tan de moda usar palabras aborígenes, se dio por sentado que sería “felicidad” en alguna de esas lenguas.

Antes de ingresar, se sacudió el cabello y limpió la suela del calzado sobre el pasto. Le echó una rápida mirada a su reloj pulsera: Celeste debería haber llegado ya a destino; lo rogaba. Luego pensó que con semejante temporal lo más probable era que sus pacientes no asistieran. Aunque quizás esto fuera pura alharaca, y en un par de horas todo volvería a la normalidad.

En la recepción tenían encendida la radio, y todos se habían amontonado para escuchar las últimas noticias. La saludaron rápidamente, sin prestarle atención. El locutor estaba leyendo los informes sobre techos y carteles comerciales que habían volado debido a vientos huracanados que llegaron a los 125 kilómetros por hora, y la cantidad de árboles que cortaban el tránsito cada dos o tres cuadras ascendía a cada minuto de manera escalofriante. Algunos

habían aplastado algún infortunado vehículo, pero hasta el momento no se registraban víctimas.

La doctora maldijo, entre dientes, el temporal. ¡Esto nada más faltaba! ¡No solamente se moriría de calor este verano; tampoco tendría el respiro de las frondosas sombras que la protegían de asarse viva bajo los hirientes rayos del sol! ¡Y hasta que alguien los reemplazara...!

Entró a su consultorio resoplando y sacudiendo la cabeza. Acomodó las carpetas primero y después encendió las luces. El lugar era pequeño y muy acogedor. Cerca de la única ventana –que daba al amplio jardín– había dispuesto un par de cómodos sillones y una mesita ratona al medio, en cuyo centro se lucían una carpeta tejida al crochet y un jarrón con flores naturales, que cambiaba cada vez que comenzaban a marchitarse. Desde su regreso de Buenos Aires, donde había realizado el primer tiempo de ejercicio en la profesión en una importante clínica de salud mental, no había vuelto a usar diván; seguramente esa era la diferencia más llamativa entre su consultorio y el de cualquier colega.

Las paredes estaban pintadas de un celeste delicado, con algunos detalles en amarillo pálido, porque tras varios años de trabajo, la doctora había descubierto que era el color que mejor funcionaba para su propia relajación y concentración. Puesto que de su propio estado dependía la ayuda que pudiera brindarle a sus pacientes, consideraba tan significativa su propia comodidad como la de ellos.

Había una biblioteca importante contra una de las paredes laterales, tan repleta que algunos libros se apilaban de manera desordenada sobre los prolijamente alineados en los estantes. Un equipo en el cual invariablemente sonaba música suave, un llamador de ángeles en las cercanías de la ventana y un escritorio moderno junto con una cómoda silla con rueditas ubicados en un rincón del consultorio completaba el mobiliario. La doctora Devoto había comprobado –como tantos otros antes que ella– el efecto casi mágico que podía ejercer la música sobre el estado de ánimo y la disposición de la gente. El llamador de ángeles era un detalle, que de acuerdo con quién la visitara podía o no dejarse, pues a veces provocaba el efecto contrario y terminaba arruinando la sesión. Y el escritorio era su rincón de trabajo en el poco tiempo que le quedaba libre, a veces, entre un paciente y el siguiente.

El primer paciente de la jornada tendría que haber sido Martin Breck, un muchacho de veintitrés años, cuya tormentosa historia familiar le había provocado un carácter dominante e hipersensible, con tendencias suicidas. La doctora sabía muy bien que el ochenta por ciento de los suicidas hablaban de la muerte con sus seres queridos por lo menos un mes antes de ejecutar su plan, por lo que no subestimaba las amenazas del joven. Estaba ansiosa por tener esta primera entrevista con él, para conocerlo, oír más detalles de su situación límite, y evaluar hasta qué punto estaba considerando seriamente quitarse la vida.

De Martin conocía solamente su voz, potente y angustiada, a través del teléfono, y las referencias que otro paciente suyo le había dado sobre él antes de preguntarle si podía atenderlo. Había esperado este día con gran expectativa, pues su pasión era, justamente, trabajar con jóvenes, pero a Martin Breck seguramente lo había sorprendido la tormenta, porque no acudió a la sesión. Tampoco le telefoneó para avisarle. La doctora estaba resignada a situaciones de esta clase. Solamente esperaba que el impedimento fuese la tormenta, y no que el muchacho hubiera cambiado de idea con respecto a la terapia.

El timbre del teléfono, potente, sonó una vez, y Evangelina pegó un respingo. ¡Éste debía de ser Martin! Mientras respiraba hondo para tranquilizar su corazón, alzó el tubo y respondió.

—¿Doctora Devota?

No era Martin Breck. De inmediato reconoció la voz de Marcelo Falcón, un prestigioso colega de Corrientes.

—¿Tendrás un espacio en tu agenda para mí hoy?

—¿Con este temporal?

El doctor Falcón se echó a reír. Unas cuantas gotas no lo amedrentaban, y en todo caso, todavía faltaban muchas horas para el ocaso. Tenía un asunto urgente para comentar con ella; no quería postergarlo más.

Evangelina abrió su agenda. Lunes 22 de diciembre. En realidad, tenía la jornada completa, pero quizás...

Marcelo la interrumpió.

—¿Y si te invito a cenar? Te podría comentar esto y ponernos al día en otros temas...

Evangelina estuvo de acuerdo. Se encontrarían en un conocido restaurante céntrico, a las nueve de la noche. Eso les daría tiempo de cruzar tranquilamente el puente a él, y de ducharse y ponerse cómoda a ella.

En realidad, no sentía curiosidad por la consulta de Marcelo. La mayoría de los colegas con quienes mantenía amistad era tan estrecha de miras, que a menudo acudía a ella informalmente sólo para preguntarle qué haría en su lugar, para luego ponerse a discutir lo poco ortodoxo que era. Cansaba de tan repetitivo. Sin embargo, sabía que había ayudado a más de uno a salir del paso; entonces, no por sus colegas, sino por el bien de los pacientes –que si acudían a ellos era porque necesitaban ayuda–, consentía en sostener el juego a pesar del aburrimiento y el fastidio.

Capítulo 2

Martin Breck la llamó esa noche. La doctora tenía por costumbre darles a sus pacientes el número de su teléfono móvil, por si sufrían un percance fuera del horario de consultorio. Claro, no había sido el caso. Sucedió que el huracán había derribado cuatro árboles en la cuadra de su casa, que arrastraron consigo líneas eléctricas y telefónicas, y como se trataba de un barrio de la periferia seguramente tendrían para rato hasta que las arreglaran. Además, la lluvia los había dejado bajo agua. Ahora mismo, Martin la estaba llamando desde un locutorio céntrico. Estaba desesperado. Su hermano había salido de juerga la noche del domingo y todavía no había regresado; en caso de que algo le hubiera sucedido, no tendrían manera de saberlo...

Evangelina alejó el teléfono de su oreja con un gesto de aturdimiento: Martin hablaba precipitadamente y en tono lastimero. Respiró hondo y luego lo interrumpió. Había pensado en esperar que pasara la Navidad, pero en vista de lo mal que estaba, lo recibiría el día siguiente, a última hora de la mañana. Martin la colmó de besos a través del aparato, y ella se despidió brevemente.

—¡Maldita lluvia! ¡En toda la tarde, no escuché hablar de otra cosa! —rezongó luego, recordando que incluso Celeste no había tocado otro tema durante el almuerzo, quitando un breve “me parece que me fue bien en el final”.

—El tornado tumbó como cien árboles; incluso podrían llegar a ser más —le recordó Marcelo Falcón, mientras le hacía señas al mozo—. Es lógico que todo el mundo lo comente. Calles cortadas, techos volados, gente privada de los servicios básicos, autos aplastados... Escuché que la municipalidad declaró estado de emergencia hasta el 31, y que pidieron alrededor de cinco millones de pesos en calidad de aportes del tesoro nacional para afrontar los daños económicos. ¡Es increíble que hasta ahora no se hayan mencionado víctimas!

A pesar de haber vivido en Corrientes desde muy joven —concretamente, desde que comenzara con la carrera de medicina— Marcelo era en realidad chaqueño, nacido en Presidencia Roque Sáenz Peña. Los vaivenes de la vida misma, de los cuales el matrimonio no era el más importante, lo habían anclado en Corrientes. Aun así, jamás pudo cortar los lazos con su terruño. Tampoco

perdía la ocasión de aseverar que algún día regresaría al Chaco. Mientras tanto, atormentaba a todo el mundo con su conocimiento cabal de todos los acontecimientos del otro lado del puente, en tanto que apenas le prestaba atención a los más notables del propio suelo que pisaba.

Marcelo Falcón era lo que Evangelina denominaba “otro maldito freudiano”, influida por un colega admirable de sus primeros tiempos, que consideraba al estudio de la mente como una ciencia viva. Nada de lo dicho anteriormente por los grandes referentes podía tomarse al pie de la letra, aseveraba aquel psiquiatra, pues cada uno había creado su teoría en base a su historia personal (en primer lugar) y en un tiempo y espacio que nada tenían que ver con los actuales, y esto era indefectible. Sí se podía –y se debía– utilizarlos como una firme plataforma que permitiera escalar a niveles más profundos, pero así como en su momento ellos habían espantado a la sociedad con sus descubrimientos sobre el funcionamiento de la mente (que ahora todos aceptaban como lo más lógico) ¿por qué no habrían de seguir investigando e innovando, en beneficio de sus pacientes?

Recién recibida, ella también había abrazado su irremediable destino de freudiana, hasta que la vida puso ese maestro en su camino. Con él aprendió los procesos universales de maduración de la mente. Se apasionó tanto en el estudio y la puesta en práctica de tales ideas, que durante mucho tiempo convivió con el mote de “doctora *new age*”, con el que sus colegas convencionales castigaban su aparente falta de seriedad. Sin embargo, más de veinte años de experiencia y ninguna mancha en su carrera avalaban su metodología.

Sus colegas –incluso los mejores– tampoco se manejaban de la manera apropiada. La mayoría se asentaba cómodamente en la escuela que más le placía y forzaba a sus pacientes a adaptarse al método, cuando lo correcto hubiera sido ver qué necesitaba el paciente e ir adaptando la terapia a sus avances. Era, por ejemplo, el caso de Marcelo Falcón. Aunque quitando eso, Evangelina no tuviera nada más que criticarle.

Ordenaron la cena e hicieron los comentarios de rutina. Evangelina alardeó unos minutos de su hermosa e inteligente hija, que después de haber abandonado Veterinaria y Letras en el primer año, finalmente halló la vocación de su vida en Ciencias Económicas, carrera en la que avanzaba admirablemente.

Marcelo mencionó que su primogénito, Adrián, médico cirujano, había sido aceptado en una prestigiosa clínica en la ciudad de Corrientes. De los pequeños Lautaro y Noelia –frutos del segundo matrimonio– no había mucho para contar: habían pasado de grado con muy buenas notas.

Cuando el mozo les sirvió el pedido y se retiró, Marcelo cambió el tono de la conversación.

–Necesito derivarte una paciente –le dijo.

Evangelina frunció el ceño. Aquello no era habitual. Una cosa era que le consultaran alguna duda y otra muy distinta que se deshicieran de un paciente. Debían existir razones de mucho peso para tomar semejante decisión.

Satisfecho con el efecto provocado, Marcelo procedió a relatarle la extraña historia.

Mara Santos, de veintitrés años, era hija de unos parientes de su primera esposa. Debido a los prejuicios de su familia, más preocupada en aparentar que en el bienestar de la muchacha, no había podido avanzar en el caso, pues el parentesco complicaba su situación, al verse impedido por consideración a su exmujer y Adrián, de iniciar acciones legales.

Se la habían llevado en noviembre a su casa. ¡Y de qué manera! Con la pobre mujer de la limpieza. De su bolsito maltrecho ella sacó un sobre gordo en billetes de cien pesos, que pretendían ser la paga por un par de meses. Cuando él se negó a aceptar tanto el dinero como la joven, la mujer se echó a llorar y le confesó que el padre no la recibiría de vuelta.

–Como si hubiera sido un paquete que despachó sin los datos del remitente –añadió, indignado.

Ambos tenían hijos, y les resultaba imposible imaginar qué clase de padre sería capaz de semejante conducta. Luego de compartir con Evangelina una mirada de muda desaprobación, Marcelo continuó.

–Tuve que acompañarlas de regreso, porque la mujer estaba aterrorizada y me amenazó con abandonarla en la calle.

En realidad, solamente pudo llevar a la muchacha, porque la mujer huyó despavorida, dejándole el dinero. Marcelo cogió también el sobre, mientras refunfuñaba por el contratiempo que todo esto implicaba. Hasta entonces, casi no había reparado en Mara, una prima en segundo grado de su esposa, muy bonita y silenciosa, que observaba todo con enormes ojos curiosos...

De repente, ya en el interior del auto, se dio cuenta de que no era curiosidad, sino vacío. Intentó conversar con ella, pero fue imposible. La joven ni siquiera reparaba en su presencia.

Sabía dónde vivía de casualidad, porque una vez había llevado a Adrián a una fiesta de cumpleaños de Mara, y tenía una excelente memoria. Cuando llegaron, condujo a Mara de la mano hasta la puerta principal, y tocó violentamente el timbre. El crepúsculo pintaba algunas tímidas nubes de rosado y celeste. Fue lo último hermoso que vio aquel día. La puerta fue atendida por el padre de Mara, que se puso furioso al ver a su hija de vuelta. No hubo manera de conversar civilizadamente con él. Al final, Marcelo le tiró su dinero en la cara y le gritó que tendría que ingresarla en la clínica respetando los trámites de internación; que cómo diablos se le había ocurrido enviársela a su casa, y se alejó gesticulando y gritando de impotencia.

Apenas una semana después, cuando aún le duraba el disgusto por el episodio, al llegar a la clínica su secretaria le avisó que acababan de internar una paciente, con el pedido expreso de que fuera atendida por él. Era Mara Santos...

Falcón era un médico ortodoxo: tenía por norma no atender familiares, amigos ni conocidos, porque sabía que resultaba imposible mantener la imparcialidad en esos casos. Sin embargo, como nunca había tenido ninguna relación con esta muchacha ni su familia –quitando un saludo de cortesía en alguna reunión familiar y su altercado con el padre días atrás– se permitió hacer una excepción.

Lo primero que observó en Mara Santos fue un estado de mutismo. Tras hacerle unas pruebas descartó que fuera voluntario. Intentó conversar con ella en diferentes ocasiones; en ninguna tuvo éxito. La joven permanecía con la mirada perdida, como si ni siquiera se percatara de su presencia. Tenía particular predilección por los jardines; buscaba los rincones soleados y era capaz de permanecer allí por horas, hasta que el asistente terapéutico la llevaba de regreso al edificio.

Ordenó un chequeo clínico general, para descartar un problema metabólico. Todo lo que revelaron los resultados fue una anemia tan leve, que casi no merecía ser mencionada. Curársela fue lo único que pudo hacer por ella.

Dio por sentado que la paciente había atravesado por un hecho traumático que había desencadenado en el estado actual. Sarcásticamente, alegó que el

hecho de tener semejante padre era bastante; pero retomando la seriedad que el caso demandaba, se sentía atado de pies y manos. Intentó de buena manera entrevistarse con los padres de la muchacha para solicitar información básica, sin la cual no podía avanzar, pero jamás se dignaron a recibirlo. Como si realmente no les importara el destino de la hija. Su exmujer, por otra parte, nunca había tenido una relación demasiado estrecha con esa prima, por lo que poco y nada podía responder a sus preguntas.

Le quedaba una opción: solicitar la intervención judicial. En este punto se complicaba el panorama. La paciente no sólo era familiar de su exmujer: también compartían el apellido. Y puesto que el padre de la joven era un personaje muy conocido de las altas esferas sociales de Corrientes, un escándalo en caso de involucrar a la justicia era casi inherente. No le importaba el viejo, pero sí le preocupaba el alcance que eso pudiera tener en su hijo. Él mismo no podía ser el promotor de aquello.

—Claro, entonces delegás en mí la decisión: hago justicia y arruino la carrera de tu hijo, o cuido los intereses de Adrián y cargo sobre mi conciencia a esa pobre muchacha.

Marcelo Falcón sacudió la cabeza.

—No seas extrema, Devota. Soy **yo** quien está en un callejón sin salida, a causa del parentesco. ¡Imaginate que la noticia llegue a los medios! No puede ser **mi** nombre el que figure como acusador.

Evangelina reflexionó un momento. Disfrutaba con los desafíos, pero su especialidad nunca habían sido los pacientes de estas características. Desde finalizada su residencia, casi no había tenido que vérselas con ninguno afectado al punto de ni siquiera comunicarse con su entorno. Todos los que llegaban hasta ella lo hacían de manera lúcida y voluntaria, sabiendo que su tratamiento era diferente del de la mayoría de sus colegas, con la esperanza de conocerse a sí mismos para solucionar de raíz sus conflictos. Todas sus técnicas revolucionarias se irían al diablo con esta joven. Sin embargo, si se negaba, lo hacía a sabiendas de que Falcón había agotado sus limitados recursos....

Odiaba que la pusieran en tremenda encrucijada, pero no tenía sentido pedirle unos días para pensarlo. Darle vueltas y vueltas al asunto no la ayudaría a ver más claro. De modo que a regañadientes, sin alcanzar a vislumbrar aún el lío en que se podía estar metiendo, asintió con un único movimiento de cabeza.

–Pero explicame primero cómo vas a hacer para traerla a Resistencia, si su padre pidió expresamente que la atendieras vos.

–A eso dejalo por mi cuenta. En un santiamén lo soluciono.

–De acuerdo. Pero prolongá el santiamén a los primeros días de enero. Quiero concentrarme en ella apenas la mandes, y las fiestas no son el mejor momento.

Marcelo Falcón asintió, sonriente.

Terminaron la cena hablando de otros temas. Luego, gentilmente, él la acercó en auto a su hogar.

Capítulo 3

Evangelina controló que Celeste estuviera en casa con un par de gritos que fueron de inmediato respondidos, y aseguró la puerta con su colección de trancas de las que todos se reían, pero ella era intransigente: la inseguridad había llegado a un grado tal, que todo era poco a la hora de protegerse. Bastante agotador era andar por la calle sabiendo que en cualquier momento y lugar podía sufrir una agresión; al menos el tiempo que estaba en su hogar, deseaba poder relajarse totalmente y descansar.

La casa estaba ubicada en las afueras del centro, en uno de los tantos barrios que proliferaran los últimos años. A pesar de eso, estaba a una distancia ideal del microcentro, de modo que frecuentemente Evangelina iba o volvía caminando del trabajo, para compensar la total ausencia de un gimnasio en su vida. Nunca le había sido necesario, en realidad. Su figura esbelta y armónica se había mantenido durante años mediante una alimentación sana y caminatas rigurosas. El desajuste hormonal tras la menopausia había traído unos kilos extra imposibles de eliminar, pero en vez de ubicarse en nalgas y muslos se repartieron proporcionalmente en todo el cuerpo, lo cual le daba un saludable aspecto redondeado.

De modo que, ahora más que nunca, la caminata diaria era tan importante como las comidas y la higiene. Únicamente las suspendía por inclemencias climáticas o por razones de tiempo. Podía practicarla sobre todo a primeras horas de la mañana en verano y durante las siestas del invierno. Caminar en horas de la siesta veraniega podía llegar a ser un intento de suicidio debido a las altas temperaturas, y hacerlo a horas oscuras era tentar al destino. Evangelina no se veía a sí misma obsesionada por el tema de la inseguridad, y sabía que más de una vez hacía cosas disparatadas, pero jamás excedía los límites. Sabía la diferencia entre los riesgos que correría de todas formas a diario, y provocar situaciones de riesgo. Hasta ahora, jamás le había sucedido algo.

En su hogar, mantenía todo impecable: era tan ordenada, que era capaz de encontrar cualquier cosa a tientas, lo que le venía de perlas durante los nocturnos cortes de luz veraniegos. Lamentablemente, por oposición, Celeste era un tornado destructor e imparable. En el mejor de los casos jamás volvía a

poner las cosas en su lugar después de usarlas; lo habitual era que se las llevara a casa de amigos o compañeros y las dejara olvidadas. Harta de que hubiera arrastrado el vicio a la adultez, Evangelina guardó en su cuarto y bajo llave los objetos de máxima necesidad, y dejaba que Celeste se arreglara como pudiera con sus apremios de última hora. En el caso extremo de tener que prestarle algo, la orden inherente era “Vuelve... ¡ya mismo!”

El dúplex constaba de un ambiente amplio en la planta baja –que servía de sala de estar y comedor–, una pequeña cocina y balcón. La planta alta, además del sanitario –que mantenía pulcramente limpio– contaba con tres habitaciones. La más amplia era su dormitorio, su templo sagrado, donde reponía energías y más de una vez solucionaba en sueños los problemas que se le presentaban. Utilizaba la segunda como su espacio de lectura, investigación y trabajo. La tercera era la habitación de Celeste, el eterno campo de batalla, donde se mezclaban los libros con la ropa, los discos compactos, el polvillo y los apuntes de la facultad. El trato era que ella podía tener su dormitorio en las condiciones que quisiera, en tanto y cuanto no la sometiera a tan espantoso panorama; el día que olvidaba la puerta de su cuarto abierta, tendría que dedicarse a limpiar y ordenar aquel desastre. Si no le gustaba, podía armar su bolso y mandarse a mudar a un lugar propio, donde obedecer sus propias reglas, sin pretender la manutención materna. Era claro que Celeste prefería acatar las normas.

A pesar de que su hija acababa de cumplir veintidós años, Evangelina seguía preocupándose por ella igual que en su infancia.

–¿Cenaste? –gritó, para que su voz llegara hasta la planta alta.

Celeste se arrimó a la baranda de la escalera.

–Sí; enseguida bajo a limpiar la cocina...

Eso implicaba que había trasladado el campo de batalla a otro sector de la casa. Evangelina sabía que el “enseguida” terminaría concretándose a primeras horas de la mañana siguiente, en el mejor de los casos. De puro curiosa, le echó un vistazo. Un par de platos grasientos, tenedores, cuchillos, sartén, plancha... Todo arrojado dentro de la pileta y salpicado con una lluvia de migas de pan. Hamburguesas, por supuesto. Para Celeste, la alimentación sana era un atentado a sus sentidos; todo debía ser rico, rápido y fácil... Los efectos ya se hacían notar en su cuerpo. Evangelina suponía que el día que se viera al espejo y

no le gustara su reflejo, trataría desesperadamente de remediar en dos semanas lo que había llevado años destruir, pero ¡qué diablos! Recordó de pronto que su hija ya no era una niña bajo su responsabilidad y que, en todo caso, nunca había podido influir demasiado en ella. “En casa de herrero cuchillo de palo” rezaba el refrán, y muy a su pesar Evangelina debía reconocer lo cierto que era. A veces le dolía el corazón al pensar en lo mucho que había ayudado a tantos de sus pacientes, cuando no tenía la menor idea de cómo acercarse a su propia hija.

Capítulo 4

Pasaron la Nochebuena en casa de tía Luli. Su madre telefoneó dos horas antes para avisar, justo cuando Celeste y ella se peleaban por ser la primera en entrar al baño. Eso era un contratiempo. Tía Luli vivía demasiado lejos de todo. El viaje se repartía en dos micros, y aún así tendrían que caminar unas cuantas cuadras. Eso por no mencionar el tiempo que perderían esperándolos... y la incomodidad de viajar apretujadas entre el gentío que apuraba su vuelta al hogar.

Margarita, la madre de Evangelina, propuso que el primo Esteban, quien vivía relativamente cerca, pasara a buscarlas. Evangelina, demasiado orgullosa e independiente, no estaba de acuerdo con molestar a otro por su comodidad, pero Celeste, que estaba aferrada del segundo teléfono que había en la casa, se puso a gritar que sí, que entonces la pasara a buscar a ella y que su mamá se fuera en micro, y terminó ganando la partida.

Fueron de los primeros en llegar. Evangelina saludó cariñosamente al pequeño grupo reunido, y se apresuró en ir hacia la cocina a colaborar en lo que hiciera falta. Celeste se despatarró al lado de un par de primas y se sumó al balance romántico e intelectual que estaban haciendo del año. Cuando Evangelina le sugirió que fuera a dar una mano con las ensaladas, se excusó con que temía mancharse el trajecito blanco, que debía estar impecable para el baile.

—Podrías ponerte un delantal —refunfuñó Evangelina, sin ganas de discutir. Era sabido por todos lo poco servicial que era Celeste.

Domingo, el padre de Evangelina, estaba de muy mal humor. Era lo habitual en él, pero cuando la familia se reunía era peor. El hombre sufría de diabetes. Era un tormento ver las fuentes repletas de comida rica y los postres, que a él le estaban negados. A veces Margarita cedía a sus quejas y le permitía darse algún gusto, pero entonces debía enfrentar los reproches de Evangelina, que no perdía ocasión de recordarle los riesgos.

A Evangelina poco le importaba el destino de su padre; lo que la sacaba de quicio era la posibilidad de que Celeste corriera la misma suerte. Se lo pasaba controlándola y no la dejaba en paz hasta que se hubiera hecho el chequeo anual de sangre y orina. Que se declarase la enfermedad no era una sentencia de

muerte, pero Evangelina sospechaba que Celeste daría guerra hasta hacerse a la idea y empezar las dietas y los cuidados.

Poco después de las nueve, ya se encontraban todos reunidos. Demasiada gente, como cada año. Los cinco hermanos de su mamá, con sus respectivos cónyuges e hijos, que a su vez también habían formado pareja y tenían sus propios hijos, algunos de los cuales ya tenían también sus niños. Naturalmente, mucho de ellos habían ido a festejar a casa de otros parientes, pero de todas formas, el gentío que se había amontonado en casa de tía Luli era impresionante.

Era el tercer año consecutivo que celebraban allí la Nochebuena, porque tía Luli era una anciana de noventa años, maltrecha y con serios problemas cardíacos. Como todos estaban convencidos de que sería la última vez, querían darle la alegría de sentirse acompañada. Evangelina se preguntaba hasta qué punto sería realmente una alegría y no un tormento, ver su pulcro hogar invadido por casi desconocidos que se tomaban tantas atribuciones: cambiaban el dial de la radio para buscar música de moda y ponían un canal infantil en el televisor para entretener a los más pequeños y poder conversar tranquilamente entre ellos. Como casi no tenía dientes, tía Luli tenía su cena aparte, y sufría tanto como Domingo con el desfile de platillos que estaban más allá de sus posibilidades. En definitiva, tía Luli era quien menos se divertía con estas reuniones.

A Evangelina le entristecía su situación. La tía había enviudado cuando ella era una criatura; no alcanzó a tener hijos y nunca más volvió a casarse. Alegaba que era un castigo tener que atender a un hombre, pero en realidad nunca había podido superar la pérdida del amor de su vida.

En agradecimiento a lo mucho que la había ayudado en una de las peores épocas de su vida, Evangelina solía quedarse conversando con ella un rato, y renunciaba a la magnífica cena del montón para acompañarla en sus desabridos platos. Siempre encontraba algo bueno para decir de ellos, por lo que a la tía no le quedaba más remedio que reírse y sentirse mejor. Adoraba a Celeste y admiraba profundamente a Evangelina, porque representaba todo lo que ella hubiera querido y no pudo hacer de su vida. Tenía secretamente la intención de dejarles su casa en herencia; ya había comenzado los trámites. Pero no quería hacerlo público porque le parecía odioso mostrar de esa manera su preferencia.

Después del brindis de medianoche, los más jóvenes –en particular aquellos que aún no tenían la atadura de un hijo– se despidieron y se encaminaron hacia la discoteca. Algunos dejaron a las abuelas encargadas de los niños y huyeron a revivir los años de soltería. A Celeste la pasó a buscar Arturo, su actual novio, en su radiante auto último modelo. Un par de primos aprovecharon para pedirle que los acercara al centro. Con un rápido beso Celeste se despidió de su madre, de su abuela y de tía Luli; a los demás los saludó con una rápida sacudida de manos y besos al aire.

Sin que la joven lo notara, Evangelina se acercó a Arturo y le recordó que tendría los minutos contados si a su hija le pasaba algo. Él sonrió, incómodo, y le juró por millonésima vez que la regresaría sana y salva a su casa.

Arturo era un hombre buen mozo: rubio, de cabellos lacios y largos, rostro oculto por una barba abundante y brillantes ojos celestes. Evangelina no lo toleraba. Nada personal en contra de él; simplemente, no terminaba de aceptar los gustos de su hija. Desde que empezara a salir con los muchachos, desde la primera y más inocente de las citas, Celeste jamás había estado con alguien que no le llevara al menos diez años. Arturo, por ejemplo, estaba próximo a los cuarenta. Ramiro, el anterior, con quien había salido desde los dieciocho hasta los veinte, tenía treinta. A Evangelina se le revolvió el estómago al pensar que algunos de sus novios habían tenido edad para ser su padre, pero a pesar de lo mucho que deseaba hablar de ello con Celeste, la joven se negaba.

Los bailecitos del 24 y 31 de diciembre la alteraban particularmente. Toda la muchachada salía a festejar; muchos ya salían borrachos de su casa y en ese lamentable estado conducían a destino, donde seguían bebiendo, y luego manejaban de regreso. Que Arturo se mantuviera sobrio no era garantía: podía tener la mala suerte de cruzarse con alguien pasado de copas y pagar la consecuencia.

Los que quedaron, subieron el volumen del equipo de música e improvisaron un baile en el poco espacio libre que quedaba en el patio. Evangelina se sumó al mismo, con sus primos. No tenía sentido echar a volar sus temores. En el espantoso caso de que algo sucediera, se ocuparía haciendo todo lo que estuviera a su alcance. Mientras tanto... deseaba disfrutar del festejo.

Capítulo 5

A la excitación que rodeaba las fiestas de fin de año se sumaba el agobiante calor. Los regalos, las cenas, los ciclos que terminaban y los que comenzaban, los familiares y amigos que se esperaba ver, la sensación térmica que superaba ampliamente los cuarenta grados; todo contribuía a alterar los ánimos de la gente. Nadie se concentraba demasiado en su trabajo; era frecuente fantasear con las vacaciones, con los proyectos que se iniciarían el año próximo, con las semanas de descanso que estaban tan cercanas...

Evangelina no podía –no se permitía– hacer lo mismo que el resto. Si bien la mayoría de sus pacientes pedía un recreo para fin de año, tenía otros en situaciones límites, con los que no podía bajar la guardia.

Martin Breck había faltado a la segunda sesión. En esta ocasión no medió un huracán, de modo que la doctora Devoto decidió ejercer su derecho a cobrar de todas formas la consulta, pues aquellos cuarenta minutos le pertenecían aunque no se presentara: era un tiempo que el psicoanalista dedicaba a revisar sus observaciones y trazar algún plan de acción. En definitiva, si hubiese sufrido algún contratiempo, se lo tendría que haber avisado; cualquiera podía caminar unas cuadras hasta un locutorio y gastar unos centavos en una breve llamada. Lo que le preocupaba no era que el muchacho fuese tan desorganizado que olvidara sus compromisos, sino las razones por las que podía haber faltado. Martin guardaba tanta presión y resentimiento en su corazón, que era de temer.

Sin embargo, daba por descontado que en caso de que efectivamente algo pasara, le avisarían, así que optó por no inquietarse demasiado. Lamentablemente no podía aplicar la misma filosofía con todos sus pacientes.

El 26 de diciembre su secretaria le anunció que Francisca Leloir la estaba esperando. Era la primera vez que Evangelina la vería personalmente, si bien ya conocía su historia a grandes rasgos por sus padres. Hacía dos meses que esta joven faltaba a la entrevista, que se postergaba una y otra vez. Seguramente la cercanía de las fiestas, que traía consigo el aroma de su desgracia, la había decidido finalmente a probar suerte.

Francis era una muchacha de veinticuatro años, delgada y desaliñada. A pesar de su aspecto juvenil y floreciente belleza, de tez tersa, larga cabellera rubia y enormes ojos marrones, observarla detenidamente era como ver una mujer madura castigada por la vida, enjaulada en un cuerpo tierno.

Teniendo en cuenta su juventud y la manera como se habían desencadenado los hechos, la historia de Francis era terrible. Había tocado fondo; no tenía ya nada que perder. A Evangelina la apasionaban las situaciones límites tanto como trabajar con jóvenes, y se sentía doblemente motivada cuando se combinaban ambos factores, pero el caso de Francis Leloir era particularmente trágico. El hecho de que se hubiese presentado ante ella obligada por sus padres no facilitaba las cosas.

Francis provenía de una familia de clase media alta. Jamás había sufrido privaciones económicas, y en cuanto a lo afectivo, creció rodeada del amor de toda su familia, en la que se incluían abuelos, bisabuelos, muchos tíos y primos de todas las edades. Tenía una hermana mayor, Alfreda, a quien llamaban cariñosamente “Aly”, y un hermano menor, Lucrecio o “Luc”, como prefería ser nombrado, con los que siempre se había llevado muy bien. Quizás el único trauma de la infancia compartido por los tres habían sido las burlas que sufrieron a causa de sus extravagantes nombres, pero lo solucionaron rápidamente, con la invención de los mote.

Acudieron a los mejores colegios y cada uno estudió, además, una carrera paralela. Aly era profesora en Bellas Artes y artista excelente. Luc estudiaba música: además de profesor, sería concertista de violín. Francis había optado por las danzas clásicas. Era una bailarina prometidora, que ya antes de los quince años había pisado las tablas del teatro Vera de Corrientes.

Pero la adolescencia se presentó difícil para Francis. Su cuerpo se llenó de curvas, estallaron sus hormonas, ya no sabía qué le gustaba... Al ingresar a la escuela secundaria cambió su grupo de amigas, y tomó a éstas de parámetro. Ropa de marca, música de moda, salir a bailar hasta la madrugada, emborracharse... y conseguir un novio, un buen novio. Ésas eran las premisas.

Quizás como hasta entonces le había bastado con desear algo para tenerlo, gracias a la mágica intervención del dinero, le resultó muy difícil convivir con un sueño que jamás se concretaría con recursos materiales ni con la ayuda de sus padres: Alex Kasander. El muchacho más popular del colegio; el más apuesto,

con un físico escultural fruto de su disciplina en el gimnasio; los ojos azules más hermosos que jamás se hubieran visto; un auto deportivo que en realidad pertenecía a su padre pero seguramente éste no lo usaba tanto como él...

Alex tenía diecisiete años y cursaba el último año de secundaria. Su novia, voluptuosa y sofisticada, iba con él al mismo curso. Al principio Alex ni siquiera registraba a esa niñita quinceañera de largas piernas y cabellera rebelde. Fue su novia quien le hizo notar lo casualmente cercana a ellos que siempre estaba. La pareja estalló a causa de sus celos incontrolables, que chocaban contra la indiferencia con que Alex los recibía. Pero, libre una vez más, quiso acercarse a la causa del desastre, para conocerla. Apenas unas semanas después estaban saliendo formalmente.

Pero Alex era ya un hombre, y estaba acostumbrado a tener otra clase de relación con sus novias. El amor platónico, entendiéndolo como algún regalo, la clásica caja de bombones o el ramo de rosas, e incluso un poema propio para exaltar cualidades que ni siquiera sabía ciertas, servía únicamente a efectos de preparar el terreno para lo que vendría luego.

Francis lo sabía. Aquello la aterraba, pues jamás había estado con un hombre. Sí había tenido algún noviecito para matar el tiempo mientras tejía las redes de la pesca mayor, pero siempre niños de su edad, con quienes nunca fue más allá del beso apasionado.

Ahora estaba entre la espada y la pared. Sabía que no estaba lejos el día en que Alex la llevaría a uno de los apartamentos que le prestaban para sus amoríos. Podía negarse una vez, dos... pero si lo hacía siempre, él terminaría yéndose con otra, y Francis no había llegado tan lejos para nada. Al mismo tiempo, no le parecía demasiado romántico que su primera vez estuviera motivada por la necesidad de complacer a su novio. No era lo que había imaginado para el gran momento. Se suponía que debía preguntarle si lo deseaba, si estaba segura... Alex daba por sentado que todas sus novias lo habían deseado sin un ápice de duda; por eso obviaba aquel patético jueguito del gato y el ratón.

Francis podía haber acudido a su madre en busca de consejo y consuelo. La mujer siempre había sido muy abierta en cuestiones sexuales. Francis y sus hermanos tuvieron desde el primer momento nociones elementales, que fueron ampliándose a medida que crecían. Cuando entraron en la adolescencia, el

padre se ocupó de continuar la educación del hijo varón, mientras la madre enseñaba a sus hijas los riesgos y los encantos de una buena sexualidad. Siempre les decía que cada una sabría en su corazón cuando llegara el hombre indicado; pero entonces –y lo remarcaba obsesivamente– era imperativo que se cuidasen, tanto de un embarazo no deseado, como de las enfermedades venéreas.

Francis tenía una jugosa mensualidad, con la que podría haberse comprado píldoras, preservativos o lo que quisiera. Sus amigas ya iniciadas en la sexualidad podían haberle aconsejado en materia de métodos y marcas, para pasar por alto la visita a la ginecóloga, que urgentemente le habría contado a su madre lo que estaba pasando. Pero su madre tenía la pésima costumbre –con la excusa de ayudarlos a limpiar y ordenar– de meterse en sus cuartos y revisar hasta los lugares más recónditos. Si descubría cualquier indicio de que Francis estaba teniendo relaciones íntimas, se encerraría con ella para tener una charla larga y profunda sobre por qué lo estaba haciendo a escondidas, y en algún momento develaría la presión que Francis estaba sufriendo. Montaría en cólera y le diría que ningún hombre que no respetase los tiempos de una mujer valía la pena. Entonces, además de la presión que ejercía Alex por comenzar la etapa más madura de la pareja, tendría a su madre exigiéndole que cortara con tremendo egocéntrico desconsiderado.

Accedió a comenzar con las relaciones sexuales, con la condición de que él la cuidase. Él aceptó. Y para tranquilizarla y fortificar su confianza en él, le probó lo bien que sabía hacer las cosas con los ejemplos de sus novias anteriores: ninguna jamás había salido embarazada ni contagiada de nada. Lo que Alex no sabía era que todas sus exnovias habían tomado la píldora o se habían inyectado hormonas, para complementar los preservativos, en los que realmente no tenían mucha fe. Y si nunca se habían contagiado algo fue de pura casualidad, porque a pesar de la oferta del mundo postmoderno tanto Alex como ellas habían apostado a la fidelidad, y hasta ahora les había ido bien.

Cuando atendía casos como éste, Evangelina solamente agradecía desde lo profundo de su corazón que Celeste ya hubiese atravesado esa etapa infernal de la adolescencia, y que en su necesidad de diferenciarse de ella no hubiera atentado contra sí misma. El desafío que la esperaba con Francis era enorme.

Ayudarla a superar su impotencia, su dolor y su furia contra el mundo no sería tarea sencilla.

Capítulo 6

El año nuevo se celebró en la casa de sus padres. Evangelina no podía creer que tanta gente cupiera en tan reducido espacio. Tuvieron que sacar las mesas al patio y pedir sillas prestadas. Por fortuna, no todos pudieron asistir: la mayoría de los parientes maternos –con los que festejara la Navidad una semana atrás– había hecho compromiso con amigos u otros familiares. No obstante, la parentela por parte de Domingo Maidana era tan abundante como la de Margarita. Hubo que cocinar mucho y pedir a quienes estuvieran en buena situación económica que colaborasen con algún platillo o bebidas.

Se recibió el 2004 con un cálido brindis y un desafinado rasgar de guitarras, que no llegaba a ser tan desafinado como las voces que intentaban entonar los cánticos que los músicos interpretaban. El momento de los besos y abrazos fue interminable. Evangelina observó por el rabillo del ojo cómo Celeste se estrechaba con sus seres preferidos y luego, discretamente, se alejaba al interior de la casa para no tener que continuar el circo con aquellos que menos conocía. Regresó cuando las guitarras retomaron el ritmo, para sumarse al baile antes de que Arturo la pasara a buscar para la salida elegante de la noche.

En esta oportunidad los ánimos de Evangelina no acompañaron el espíritu festivo. Permaneció inamovible en el rincón más fresco del jardín, salvaguardada de mosquitos y hormigas, lejos de quienes siempre la aprovechaban para consultas insólitas y de los jóvenes que bailaban, gritaban y saltaban sobre la improvisada pista de baile. De tanto en tanto alguno de sus primos iba a hacerle compañía e interrumpía sus pensamientos. Divagaban entonces sobre medidas efectivas para terminar con la inseguridad en el país, con cuestiones inaplicables en la práctica, pero que servían para desahogar la impotencia que no podían dejar de sentir. Evangelina estaba acostumbrada por su profesión a oír las ideas más extremas sin que su rostro dejara traslucir ninguna expresión, pero cuando su primo se declaró amigo de las soluciones drásticas, como la de amputar la mano a los ladrones, o formar un escuadrón que fusilara delincuentes, se trenzó en una discusión asegurando que la violencia solamente servía para generar más violencia. Concluyeron con que

difícilmente podrían cambiar al mundo si ni siquiera tenían control sobre sus propios hijos, y cambiaron de tema. La mafia de los médicos. Ahora el primo le recriminó que sus colegas hubieran puesto de moda la invención de dolencias inexistentes para calmar sus bolsillos con el susto de la gente. Exigiendo que no generalizara con tanta facilidad, y exaltando la humanidad de muchos que incluso eran capaces de atender gratuitamente, Evangelina le contó la miseria de los honorarios a través de la medicina prepaga. Que los médicos estaban en el mundo para acabar con el sufrimiento y no para lucrar con él, sentenció el primo. Que los médicos también tenían que comer y pagar impuestos, replicó Evangelina. Finalmente, se disculpó y optó por sumarse al baile. No tenía paciencia para discusiones estériles. Sin embargo, un par de horas después no le quedó más remedio que tragarse su orgullo, pues aquel primo era el único con vehículo que vivía en las cercanías de su barrio que se ofreció a llevarla hasta su casa. Lógicamente, en el trayecto continuaron la discusión.

El primer día del año la sorprendió concretando la peor de sus pesadillas. El timbre del teléfono la despertó al alba. Una voz femenina poco expresiva le notificó que su hija había tenido un accidente y se hallaba internada en una clínica céntrica.

A partir de ese instante Evangelina tuvo la sensación de sí misma haciéndolo todo en cámara lenta. Le pareció que transcurrió una eternidad hasta que terminó de vestirse, y ni siquiera estaba segura de lo que se había puesto. Apenas reconocía los colores; no diferenciaba una blusa de un pantalón.

Cuando introdujo su llave en la cerradura tuvo un pensamiento odioso pero real: eran las primeras horas del primer día del año; no habría ningún ómnibus circulando, tampoco remises. Tras un instante de opresión, en el cual se imaginó corriendo desenfrenadamente hasta el centro de la ciudad, recordó la bicicleta de Celeste. La rescató del balcón, cargó con ella hasta la vereda de la planta baja, y montó.

Luego de mucho pedalear y poco avanzar, notó que tenía la rueda trasera desinflada. ¡Celeste y su maldita costumbre...! Entonces, otro pensamiento la asaltó: no recordaba el momento cuando aseguró la puerta de su casa. Ni siquiera tenía las llaves en la mano... aunque por costumbre pudo haberlas echado dentro del bolso... Sin embargo, nada le importa ahora, exceptuando su hija.

Cuando llegó a la clínica, ni siquiera se preocupó en asegurar la bicicleta con el candado: se precipitó hasta la ventanilla de informes y preguntó por Celeste Devoto. Debíó aguardar un instante interminable a que se presentara el médico. Sus peores temores acosaban su corazón, que latía dolorosamente, quitándole el aliento. La expresión del profesional no contribuyó a tranquilizarla. Amablemente, la guió hasta su consultorio para explicarle la situación.

Regresando de Corrientes, una camioneta había embestido el vehículo de Arturo, que fue a estrellarse contra el muro de un terreno baldío. Celeste –con sus malas costumbres de no trancar la puerta ni ponerse el cinturón de seguridad– había salido despedida para aterrizar sobre el pastizal de la vereda. Tenía contusiones varias, pero ninguna fractura y aparentemente tampoco golpes internos. Al llegar a la clínica no recordaba ni su nombre. Ahora estaba inconsciente.

Peor era la situación de Arturo. La trompa de la camioneta había golpeado su lado del auto, deformando la puerta y creando para él una jaula de la que costó mucho trabajo sacarlo. Tenía fracturados el brazo izquierdo y ambas piernas, además de múltiples contusiones y pequeños cortes ocasionados por los vidrios del parabrisas, que estalló a causa del impacto. Estaba consciente y lúcido; él fue quien recitó de memoria el número telefónico de la casa de Celeste, para que le avisaran a su madre. Pero todavía había que buscar posibles golpes internos y esperar a ver cómo evolucionaba en las próximas horas.

Evangalina se sentía desbordada. Casi no oyó la parte relacionada con Arturo; su mente se detuvo en la amnesia e inconsciencia de su hija. Como médica, sabía muy bien cuáles podían ser las consecuencias de un golpe en la cabeza. Su ser entero se estremecía ante el fantasma de esa posibilidad.

Siempre les había jurado a sus yernos que los mataría si algo malo le sucedía a Celeste, pero le constaba particularmente de Arturo, que era tan cuidadoso, que ni siquiera bebía un trago de cerveza cuando sabía que estaría al volante. Lo que acababa de ocurrir no era su responsabilidad, sino la de un ebrio precipitado que se lanzó a tentar al destino. Pocas veces su corazón abrigó malos sentimientos contra alguien; sin embargo, ahora estaba deseando que el conductor de la camioneta se hubiese matado, o que le hubiera pasado algo peor, como quedar cuadripléjico o totalmente quebrado o con la misma amnesia que afectaba a su hija.

Capítulo 7

No iba a la iglesia cuando atravesaba percances de esta naturaleza. En realidad, nunca había entrado a una iglesia, excepto en su primera infancia, obligada por su madre, que era una mujer muy religiosa. Margarita había hecho bautizar a su hija cuando Evangelina contaba con tres meses, y también había organizado todo para su primera comunión, incluyendo un precioso vestido de encaje, con tul y perlas, que actualmente permanecía guardado en un cajón, poniéndose más amarillento con los años. Evangelina no había tomado la primera comunión. En las clases, se lo pasaba discutiendo con la catequista sobre la razón de que Dios fuese “padre” y no “madre” y negándose a aceptar que María fuese su madre espiritual. Hasta el cansancio repitió que su única madre era Margarita Devoto. Terminaron expulsándola. Aquello fue una vergüenza enorme para Margarita. Domingo, por el contrario, estuvo satisfecho, y festejó con sus amigos la capacidad de pensar por sí misma de su hija.

Margarita tampoco tuvo éxito con Celeste. Cuando su nieta nació, no pudo convencer a Evangelina de que la bautizara. Con el paso del tiempo, jamás logró interesar a la niña en cuestiones religiosas. Cuando en una ocasión prometió regalarle lo que más deseara a cambio de que abrazara el catolicismo, Evangelina tronó con que eso era chantaje, y terminó comprándose ella misma a cambio de nada.

Sin embargo, en momentos como éste, Evangelina envidiaba a su madre. A Margarita le bastaba con arrodillarse frente al altar, rezar un rosario y cruzar dos palabras protocolares con el cura, para tener la seguridad de que todo estaría bien; que Dios les haría el milagro de devolverles su vida, porque eran buenas personas que cumplían los mandamientos.

Evangelina había visto demasiada miseria a su alrededor para poder creer que las desgracias tuvieran que ver con el incumplimiento de los mandamientos. Como científica, su vida se regía por la ley de causa y efecto. Si uno se encontraba en el lugar y momento indicado jugando a la ruleta rusa, había grandes posibilidades de que sufriera determinada experiencia. Celeste y Arturo tenían la costumbre de volver por la avenida más transitada a la madrugada, cuando más pululaban los autos, a sabiendas de que la mayoría de los

conductores estaban ebrios. Era claro que en cada nueva oportunidad multiplicaban las posibilidades de que algo les ocurriera.

“En el corazón siempre debemos esperar lo mejor, pero sin dejar de prepararnos para lo peor.” Aquel era un consejo que solía darle a quien atravesaba por un momento crucial como el suyo. No era el único. “Jamás edifiques tu mundo alrededor de otra persona, porque si por alguna razón desapareciera, te quedarías sin mundo.” Ese era especialmente para aquellas mujeres que se sepultaban debajo de su pareja e hijos, y cuando se enfrentaban a una separación o a la independencia de los chicos, caían en depresión porque no hallaban ya sentido a su vida.

Evangelina tenía varios mundos: Celeste, su profesión, amigos y colegas, en menor medida el resto de su familia... Sin embargo, de algunos podía prescindir sin verse mayormente afectada, mientras que la simple suposición de que le faltara otro la angustiaba a morir. Era el caso de su hija.

Celeste permaneció inconsciente dos días, después de los cuales despertó como si de una larga siesta se tratara. Tremenda impresión se llevó al verse donde estaba; gritó y protestó para que la sacaran de allí cuanto antes. No recordaba el accidente. Su memoria llegaba hasta la fiesta de año nuevo en casa de sus abuelos, hasta el momento cuando Arturo la pasó a buscar para ir a Corrientes. Pero sabía perfectamente quién era. Respondió rápidamente todas las preguntas que le hicieron y sin dudar. Su nombre, edad, dirección, la carrera que estudiaba, las materias que había aprobado en diciembre y las que dejó para marzo, las quejas más habituales de su madre hacia ella, los datos de su novio... La pasaron a un cuarto común por dos días más antes de darle el alta.

Más complicada era la condición de Arturo. Con un brazo y ambas piernas quebradas estaba totalmente imposibilitado de valerse por sí mismo. Evangelina les había avisado del accidente a sus padres, que revoloteaban por la clínica con la misma asiduidad que ella misma, pero eran personas mayores, sin muchas posibilidades de atenderlo como demandaría. Arturo tenía hermanos, pero todos estaban casados y con hijos y no se podía contar con ellos más que para salir del paso.

Celeste propuso llevarlo a la casa, para atenderlo ella misma cómodamente hasta que se repusiera, pero Arturo se negó. Sabía que la moda del concubinato dentro del hogar materno no iba con la filosofía de su suegra, y no quería que se

viera presionada a decir que sí por lo complicado de su situación. Como contraoferta propuso que Celeste se mudara con él a su apartamento durante las primeras semanas. En caso de no resultar la experiencia, contrataría una enfermera.

El detalle de la enfermera disgustó a Celeste. Antes de salir de la clínica empezó a hacer la lista de lo que precisaría para llevar al apartamento de Arturo por el tiempo que le demandaría cuidarlo. Naturalmente, le aclaró a su madre que una o dos veces por semana le llevaría su ropa y la de Arturo para que las metiera en el lavarropas y la planchara, y que cada tanto seguramente le pediría algún otro favor. Feliz por verla hablar, pretender y exigir como si nada hubiera pasado, Evangelina le consentía todo.

Muchas veces se había preguntado qué sería de ella si alguna vez le faltaba Celeste. Cuando era pequeña, una simple fiebre le provocaba pánico. No podía ver que la niña hiciera travesuras en las que se expusiera sin descontrolarse y ponerla de castigo. Sabía que en gran parte se debía a que era hija única. Los padres de hijos únicos vivían atormentados, porque todas sus expectativas y temores se centraban en una sola persona. Muchas veces se había llevado tremendos sustos con su hija, pero ninguno tan grande como éste. A pesar de que en su vida contaba con muchos ingredientes de peso, la sola presencia de Celeste hacía que todo tuviera sentido.

Capítulo 8

El accidente de Celeste no afectó su agenda, porque recién a partir de la segunda semana de enero retomaba sus entrevistas. Si en Ananda habían extrañado su presencia era algo que poco le importaba; hasta que su hija no estuviera de regreso en su casa –mejor dicho, en la de Arturo– sana y salva, sabía que no podría concentrarse en nada más.

El día que retomó su ritmo laboral se encontró con la sorpresa de que Mara Santos ya estaba internada en el Centro. Marcelo Falcón había cumplido su promesa al pie de la letra: la joven había ingresado el segundo día de enero, a última hora. Evangelina se preguntaba si estaría realmente tan interesado en la recuperación de la paciente, o si lo único que le preocupaba era sacarse el problema de encima.

Para él había sido fácil poner el parentesco de excusa; el dilema lo tendría ahora ella misma. Involucrar un juez era una medida extrema a la que, hasta ahora, nunca debió apelar. Por norma de trabajo, todos sus pacientes acudían a ella por propia elección, y exceptuando que se tratara de adolescentes, ni siquiera solía ser necesaria la intervención del resto de la familia. Era la primera vez en muchos años que le tocaba un caso de estas características.

La voz de Joaquina pidiendo autorización para pasar interrumpió sus pensamientos. Joaquina era la asistente terapéutica que Ananda había designado para Mara Santos. Era una mujer joven, de cuarenta y tantos años, simpática y alegre, que en algún momento podría desempeñar un papel maternal, si la situación lo requería.

Sonriente y saludándola a fuerte voz, Joaquina ingresó al consultorio llevando de la mano a una muchacha alta y delgada que Evangelina dedujo sería Mara Santos. Tenía la tez trigueña y el rostro alargado; largos cabellos castaños, oscuros, que brillaban bajo los rayos del sol, con tímidas ondas en las puntas; ojos rasgados, casi negros; manos delicadas, con uñas largas y prolijas. Joaquina le explicó que la persona que se ocupaba de Mara en Corrientes había tomado la costumbre de arreglarle el cabello y las manos, al tiempo que le cantaba. Aquello había sido tan inútil como todo lo demás, pero ella estaba convencida de que era una buena terapia estrechar lazos incluso con aquellos que aparentemente

estaban ausentes, y no hubo manera de hacerla desistir. Es más: Joaquina coincidía con aquello y continuaba arreglando su aspecto. Lo que jamás haría sería cantar. No podía someter a la enferma –ni al resto del Centro– a tremendo martirio. En vez de eso, le hablaba. Bajó la voz y se alejó de la joven para confiarle a Evangelina que hablarle a una planta ofrecía mayores resultados a corto plazo, pero...

Evangelina cogió el informe que el doctor Falcón había enviado junto con la paciente y le echó una mirada. Él había observado un estado de mutismo y tentativamente sugirió un brote psicótico, pero luego algunas cosas no cuadraron con esa clasificación y se arriesgó a proponer una histeria grave, con la que finalmente tampoco estuvo de acuerdo, por la duración de los síntomas. Finalmente, ante la inminente derivación del caso, no se molestó en sugerir nada más.

Hizo a un lado los papeles y le pidió a Joaquina que le contara todo lo que pudo observar en la paciente durante los primeros días. Mientras la asistente se lo comentaba en detalle, examinó discretamente la conducta de Mara.

Apenas Joaquina la soltó de la mano, fue hacia la ventana. Nada en ella denotaba que tuviera algún problema, excepto la expresión vacía de su rostro y –esto lo apuntó largo rato después– su capacidad de permanecer inmóvil en la misma posición por el tiempo que fuera. Esto la llevó a acercársele y tomarla del brazo, para dejarlo suspendido en una posición bastante incómoda. Automáticamente, el miembro cayó inerte en su postura anterior. Eso descartaba la catatonía.

Evangelina hilvanó muchas ideas mientras escuchaba a Joaquina. Al igual que en Corrientes, la paciente había hallado su lugar en un rincón del jardín, donde permanecía todo el día, bajo los rayos ardientes del sol, hasta que Joaquina o alguien más la buscaba para cumplir con la rutina de Ananda, que era muy estricta en materia de horarios cuando de higiene, alimentación y descanso se trataba.

Se sentaba normalmente, no en posición fetal, como hubiera sido en el caso de una psicosis reactiva. Solía tener las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo o a modo de almohada para su cabeza. Y los ojos abiertos. Casi no parpadeaba. Ni siquiera los cerró instintivamente cuando Evangelina hizo la mímica de abofetearla. Como si no la hubiera visto.

Con respecto a sus necesidades fisiológicas... Se había orinado encima la primera vez que sintió la necesidad, pero desde que Joaquina la acompañó hasta las instalaciones sanitarias para limpiarla, empezó a levantarse como un autómatas cada vez que la asaltaba el deseo –muy esporádicamente, por cierto–, y se manejaba perfectamente sin la ayuda de nadie.

Permitía que la desvistieran, la asearan y le cambiaran la ropa. No le molestaba el contacto físico. Al día siguiente de su llegada a Ananda, Joaquina recorrió las instalaciones llevándola de la mano mientras le explicaba las reglas básicas, de las que –estaba segura–, no había oído nada. Hasta la data, cada vez que necesitaba trasladarla, Joaquina la tomaba de la mano y le decía lo que harían a continuación, sin que Mara opusiera la más mínima resistencia.

El de la alimentación era un tema aparte. Supuestamente, la causal de internación –en la que concordaron los tres profesionales que avalaban la decisión– era que la muchacha no comía por su propia cuenta, y resultaba muy difícil para sus familiares cumplir con esa tarea, con lo que su integridad física corría peligro. Era posible que estuviera ligeramente por debajo de su peso cuando la examinó Falcón, pero de ninguna manera su aspecto era el de un famélico. Ni siquiera aparentaba la anemia que tenía.

A Joaquina nunca le costó alimentarla. Mara comía con buen apetito hasta el último bocado, si bien no parecía distinguir un menú de otro. A veces, incluso, Joaquina le ponía una fruta en las manos y lograba que la joven se alimentara por sí misma.

Dormía, pero Joaquina tenía que llevarla hasta su dormitorio y ponerle el camisón. Jamás se durmió en el jardín, ni siquiera el día que permaneció allí durante doce horas seguidas, como parte de una prueba que le hicieron. Ignoraban qué podía ocurrir en el caso de dejarla en el jardín veinticuatro o cuarenta y ocho horas de corrido.

“Mutismo a causa de algún hecho traumático” había diagnosticado el doctor Falcón; sin embargo, Evangelina sentía inclinada a pensar que aquel estado era voluntario. Sonaba disparatado, pero sabía muy bien por experiencia propia, que la mente podía tejer las soluciones más inverosímiles con una naturalidad pasmosa. Su propio colega había sugerido una buena razón. “El hecho de tener semejante padre bastaría” había dicho. Tal vez, parafraseando aquello de que la realidad supera a la ficción, hacerse pasar por loca hubiera sido la única salida

que su mente atormentada halló para alejarse de unos progenitores que por alguna razón le hacían más daño que provecho.

Sólo había una manera de verificarlo. Si estaba actuando, tendría un límite. Evangelina se propuso provocarla hasta que se delatara por sí misma. Descartaba que Falcón le hubiera hecho un par de pruebas clásicas; ella iría más allá.

Comenzó la tarea ese mismo día. Hasta ahora, Joaquina había sido la única que se ocupaba de Mara Santos, excepto el día de su franco, cuando la reemplazada Manuela, una de las enfermeras. Por una cuestión lógica de pudor y respeto, en Ananda las mujeres eran atendidas por otras mujeres, y los hombres, por varones. Además, había otra razón latente: en los albores del siglo XXI, los casos de abuso sexual estaban a la orden del día en todos los ámbitos, y no era cuestión de exponer a las internas.

Evangelina sabía que uno de los enfermeros era homosexual, aunque nada en su conducta lo delataba. Esa misma noche, le pidió que se encargara de bañar a Mara Santos y que registrara cada gesto, cada movimiento que viera en ella. Fue en vano. Ser aseada por Joaquina, Manuela o Esteban, aparentemente, no suponía una diferencia para la paciente.

Bien, el pudor había fallado. Pero Evangelina sabía que las jóvenes actualmente tenían muchos menos prejuicios que antaño. No era determinante.

En alguna ocasión había oído algo acerca de la zooterapia. Aprovechó los días siguientes para interiorizarse básicamente en el tema y trazó un humilde plan de acción. Un día, entró a Ananda con un cachorro en los brazos. Lo sacó al jardín y lo dejó retozando en las cercanías del banco donde siempre se acomodaba Mara. Ella no lo notó. Ni siquiera cuando el perrito se prendió de sus pies y la mordisqueó para llamar su atención. Tampoco se percató del gatito que llevó días después. Mientras el resto de los internos corrían y jugaban con los animalitos, revolcándose entre gritos y risas de alegría, Mara continuó inamovible sobre su banco.

No toda la gente se conmovía ante la presencia de un animal. Había quienes incluso los detestaban. El siguiente paso fue llevar al nieto de uno de sus primos, un niño que intentaba sus primeros pasos. Se sentó al lado de Mara en el banco, poco antes del crepúsculo, con el pequeño en el regazo. Intentó mostrárselo de todas maneras; hasta –con todas las precauciones del caso,

porque ignoraba cómo podía llegar a reaccionar— trató de sentarlo en su falda, pero la muchacha permaneció completamente indiferente a ellos. Por el contrario, el niño terminó convirtiéndose en el centro de otras enfermas, separadas de sus propios hijos por la internación.

No la habían motivado los animales ni el niño. Puesto que la ternura había fallado, apeló al miedo. Era siempre el último de sus recursos y el único infalible; lo sentía mucho, pero si realmente estaba fingiendo, de alguna manera tenía que hacerla reaccionar. Empezó a dejar un montón de chascos a su alcance. Mara Santos no dio señales de haberlos visto, pero una de las mucamas tuvo un ataque cuando, mientras tendía la cama de la interna, voló de entre las sábanas una tarántula de aspecto tan real que fueron necesarias varias demostraciones para convencerla de que sólo era un juguete. Mara había dormido con ella entre las piernas sin enterarse siquiera.

Recordando lo que le había comentado Joaquina, se organizó con el personal de Ananda para hacer la prueba de dejarla cuarenta y ocho horas corridas en su banco del jardín. Podían hacerlo. El verano era seco y cálido; tanto, que normalmente ni siquiera refrescaba por las noches. Turnándose con Joaquina y Manuela, permanecieron en las cercanías de Mara por dos días seguidos, durante los cuales la joven no dio la menor señal de sentir deseos de dormir ni pareció incomodarse tampoco con los mosquitos nocturnos que enloquecieron a las cuidadoras por su cantidad e insistencia.

Si fingía, lo hacía a las mil maravillas. Al cabo de varias semanas de inútiles tentativas, a la doctora Devoto se le había terminado la imaginación. Decidió adherirse a la opinión de su colega: algún hecho traumático había de por medio, que le había provocado este síndrome confusional. Ahora necesitaba saber qué había pasado, antes de actuar. Era indispensable la colaboración de gente cercana a la paciente. Ergo, sus padres.

Sin pérdida de tiempo, telefoneó a Falcón. Luego de saludarse cordialmente, lo acribilló a preguntas. Puesto que eran parientes, quizás estaría al tanto de antecedentes mentales en la familia. Marcelo se disculpó: Mara era prima de su exmujer, no suya; y todos en la familia de su exmujer estaban locos, por eso se había separado.

Ese comentario burlón no le servía a Evangelina. Evidentemente, no le quedaría más remedio que enfrentarse a los padres. Como última instancia

apelaría a la justicia. Además, era posible que el viejo hubiera pasado por encima de Marcelo por un exceso de confianza en los lazos familiares, y que con ella no pudiera hacer lo mismo.

Marcelo no quiso desalentar sus ánimos, pero le advirtió que el hombre – militar retirado– tenía muy mal genio por naturaleza. Era engreído, prepotente y egoísta. Su mujer era una pobre oprimida, de quien no debía esperar demasiado.

–Dame su dirección y teléfono, Falcón, y permítame sacar mis propias conclusiones.

Anotó los datos en un papel y se despidió. Aguardó un instante antes de hacer el primer intento. El teléfono sonó y sonó, pero nadie atendió. Finalmente, después del décimo timbrado, oyó el contestador automático. “Usted se ha comunicado con la familia Santos. Deje su mensaje y número; en breve se le responderá”. Una voz masculina, gruesa, inexpresiva. Desagradable. Evangelina resopló, enfadada, y cortó sin decir palabra. Más adelante volvería a intentar.

Capítulo 9

Mucho antes de saber que existía una ciencia que estudiaba la mente humana, cuando todavía era una criatura libre de las obligaciones escolares, la pequeña Evangelina Maidana sentía un profundo interés por el mundo interior de quienes la rodeaban. Le placía especialmente observar el interactuar de los demás en su cotidiano devenir, para descifrar las razones de sus conductas. Personas cercanas a su círculo de confianza e incluso perfectos desconocidos caían rendidas ante la intensidad de sus profundos ojos negros, rasgados, que parecían reflejar mudamente sus propios fantasmas. Evangelina desconocía entonces cualquier técnica de diván, pero los ametrallaba a preguntas. Necesitaba saber por qué estaban tristes y lloraban, o por qué no lloraban si estaban tristes; qué los hacía reír, por qué se preocupaban; o por qué no expresaban nunca nada...

No podía recordarlo de manera consciente, pero su afán por la felicidad de los demás era una necesidad que nacía de su corazón a raíz de su propia desolación. De alguna manera, Evangelina confiaba casi ciegamente en hallar su propio destino ayudando a cruzar el puente sobre el abismo a cuanta alma desamparada se atravesara en su camino.

Esto le creó innumerables problemas, pero le resultaba imposible desistir. La satisfacción que le deparaba tener en sus manos el remedio a la tristeza del mundo era una sensación que le envolvía el cuerpo, vibrante, cálida, tierna... y no pensaba renunciar a ella.

El primer indicio que tuvo acerca de la existencia de la Psicología vino de la mano de un extravagante hombre de piel morena y larga cabellera que viajaba por el mundo ofreciendo conferencias y breves demostraciones prácticas de una milenaria técnica de meditación y relajación oriunda de una lejana cultura... Evangelina era ya una niña de once años, que en aquella ocasión paseaba junto a un par de amigas de la misma edad y la madre de una de ellas, en busca de un hermoso regalo para la abuela que cumpliría noventa años. Finalmente, el regalo fue una chuchería barata, pues según la mujer –para tranquilizar las protestas infantiles, que imaginaban algo realmente deslumbrante– la gente de edad le daba mayor importancia al aspecto emocional que al precio del

obsequio. De repente, dieron una vuelta que no figuraba en el itinerario y la mujer las condujo a un local alumbrado tenuemente, donde apenas distinguieron la imagen del hombre que hablaba, envuelto en sábanas anaranjadas, con un marcado acento extranjero.

La mujer estaba embelesada, pero indudablemente estaba haciendo algo prohibido –¡hasta los adultos tenían que hacer a veces las cosas a escondidas!– pues les mostró el puño cerrado y juró que les machucaría la cabeza si alguna llegaba a comentar esta visita.

Aburridas, y encima amenazadas, las niñas resoplaban discretamente y se hacían gestos cómplices a espaldas de la mujer, para desahogar su tedio. De pronto Evangelina oyó la palabra “felicidad”. En realidad, era la primera palabra que reconocía en más de media hora de monólogo y alguna pregunta esporádica. Inmediatamente después, el orador explicó que “el ser humano representaba una triple personalidad: consciente e inconsciente de la psicología académica se completaban con una supraconciencia”.

Alguien levantó la mano y preguntó cómo diablos era eso posible, y si aquello no complicaba aún más las cosas.

Sonriendo como un padre tolerante a su inexperto hijo, el disertante aclaró que “el supraconsciente” representaba la única región mental capaz de explicar las acciones altruistas y heroicas del hombre. La supraconciencia era el opuesto exacto del inconsciente de Freud, y la facultad que posibilitaba que el ser humano fuera realmente Humano y no tan sólo un animal superior. En su tierra lo llamaban “la casa de los tesoros”, y –en contraste con la psicología clásica, que centralizaba todas sus búsquedas en la inconsciencia de la naturaleza humana–, la filosofía de su tierra enfocaba su atención sobre esta casa de tesoros. Sólo quien llegara profundamente a ella lograría la verdadera felicidad y fuerza interior.”

Una mujer sentada en primera fila quiso saber por qué los grandes maestros siempre eran varones. En la historia de la humanidad jamás se destacaba las mujeres, exceptuando alguna mención en segundo lugar en una cruzada masculina, como si no existieran. Por el tono daba a entender que sentía que estaba de más en la conferencia; que todo ese rejunte de hermosas palabras no eran para ella, después de todo.

Pero el orador le prestó suma atención y asintió conforme cuando ella acabó.

–Esto es lamentable, pero cierto. Todo parte de una mala interpretación de los libros sagrados de las diferentes culturas, que durante milenios fueron, y en algunos pueblos siguen siendo en la actualidad, manipulados convenientemente por las clases dominantes para asustar y someter al pueblo en su propio beneficio. Sucede que en todos los libros sagrados se deja entrever una supuesta superioridad del hombre –era evidente que el hombre intentaba por todos los medios transmitir sus conocimientos sin ofender el ánimo de las presentes–, pero esta superioridad es simbólica y relativa: no sirve si se la toma textualmente. Cientos de mujeres brillantes, que hubieran podido aportar para mejorar el mundo, se han perdido de esta manera para la humanidad. Y seguramente esto seguirá siendo así en muchos lugares, porque el egoísmo y egocentrismo de los hombres es enorme, y no quieren compartir sus espacios y su gloria con las mujeres.

–¿Podría explicar lo que está siendo malinterpretado? –preguntó otra mujer, interesada.

Pero el hombre de larga cabellera oscura sacudió la cabeza, apenado. En otra ocasión quizás. Actualmente, la sociedad no estaba preparada para entenderlo, y si hablaba de más podía provocar el efecto contrario; es decir, en lugar de ayudar a liberarlas, las mujeres terminarían siendo aún más reprimidas.

La madre de su amiga se levantó repentinamente, disgustada. Tironeó a su hija del brazo, y todas salieron en fila india, confundidas por su brusquedad. Una vez afuera, estalló.

–¡Machista! ¡Hombre tenía que ser! ¡Es igual a todos; las mujeres no tenemos remedio! ¡Y pobres de ustedes si le cuentan a alguien dónde estuvimos! –añadió, enseñándoles una vez más el puño.

Evangelina no le prestó atención, ensimismada en un remolino de emociones. Estaba fascinada. Aquellas frases, de las que no había entendido nada, le dieron un nuevo sentido a su vida. Existía, pues, un lugar secreto en alguna parte, al cual debía conquistar para lograr la propia felicidad. Y si lograba llegar hasta allí, podría ayudar mucho mejor a los demás a vencer sus penas y problemas. Se sentía plena. Cuando creciera, se dedicaría a la búsqueda de aquella casa de los tesoros.

Capítulo 10

Mara Santos pasó a último plano en su lista de preocupaciones profesionales días después. Elvira Gómez, una de sus pacientes más antiguas, sufrió una tragedia personal que acaparó toda su atención y energía. Su hijo de diez años había muerto de un paro cardíaco mientras jugaba con unos amigos, en su casa. Aquello sólo era suficientemente terrible, pero la historia que había detrás lo convertía en un capítulo más de su dramática existencia.

Elvira era una mujer de escasos recursos, que vivía en las afueras de Resistencia. A pesar de eso, jamás había faltado a una sesión.

Con pacientes limitados en lo económico, la doctora Devoto resolvía la cuestión honoraria como el resto de sus colegas. De lo que fuera que hiciera la persona para subsistir, le pedía en especial el valor de la consulta. Elvira hacía dulces, mermeladas y viandas. Cuando la despensa de Evangelina se llenó y ya no le quedaron personas sin obsequiar, cambió el trato: que los vendiera, como hacía con el resto de su producción, y le llevara el efectivo. Era también una manera de motivarla y fortalecer su autoconfianza: que comprobara por sí misma cuán capaz era.

A pesar de su colección de desgracias, Elvira progresaba. Había perdido a su marido –hombre joven, aquejado de dolencias cardíacas– hacía ya varios años. Tuvo tres hijos de aquella unión: una mujercita y dos varones. El niño mayor no había sobrevivido al primer año de vida, debido a problemas cardíacos heredados del padre. La niña había tenido las mismas complicaciones toda la vida: ya había sido sometida a un par de cirugías de emergencia. Nadie se arriesgaba a estimar cuánto tiempo de vida le quedaba. Lógicamente, tenía puestas todas sus ilusiones en el más pequeño, de quien esperaba que fuese su única compañía cuando la mayor ya no estuviera. Perderlo de manera tan inesperada había sido superior a sus fuerzas.

Elvira había comenzado su terapia al enviudar. Hasta entonces, su esposo había sido su apoyo y contención en los malos momentos: cuando perdieron al bebé, cuando las cosas empezaron a complicarse con Camila... Tener que continuar por el sendero de la vida sin él le implicaba un esfuerzo sobrehumano.

Pero lo logró. Tanto, que al cabo de un tiempo abandonó la terapia. La retomó años después, cuando la mala salud de su hija rozó lo insoportable. Anticipándose a los hechos, Elvira deseaba fortalecerse para poder aceptar y saber enfrentar lo que el destino le deparase.

Cuando Elvira entró a su consultorio luego del entierro, parecía haber envejecido diez años. Tenía la mirada perdida, el cabello encanecido y caminaba encorvada. Evangelina la comprendía muy bien. Perder un ser amado implicaba sufrimiento, indefectiblemente. En el caso de un anciano, el hecho solía estar coronado de un mayor sentido de aceptación, porque la persona tuvo la oportunidad de completar el ciclo de su vida. Sin embargo, la muerte de un hijo era totalmente antinatural, una inversión del ciclo biológico, racional y emocionalmente inadmisibles. Se agravaba la situación en caso de muerte imprevista, cuando no hubo tiempo para programar ni anticipar el suceso luctuoso, lo cual provocaba un golpe enorme, dejando a todos sumidos en una sensación de irrealidad.

Lejos de dejarse vencer por la pena, la doctora Devoto recordó la imagen mental de su paciente en el fondo de un pozo y ella incorporada al borde, alcanzándole la mano para ayudarla a salir. Tenía que permanecer lúcida e imparcial a la situación, si quería salvarla de aquel infierno; de lo contrario, si se dejaba ganar por la lástima, iría a hacerle compañía. Claro que eso no implicaba la inexpresividad que aquejaba a la mayoría de sus colegas, capaces de preguntar en un momento así “¿Qué está sintiendo?” o “¿Qué piensa?” ¡Era madre, por Dios! En situaciones como ésta, su corazón se estremecía y no hacía más que preguntarle una y otra vez “¿Y si hubiera sido Celeste?” Sabía perfectamente lo que esta mujer debía de estar pensando y sintiendo. Ayudarla a sacar de su interior todo ese dolor, la impotencia, los miedos, era necesario, pero no de esa manera.

Elvira no podía hablar. Tan sólo se enjugaba las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas ininterrumpidamente. Era poco ortodoxo –ella misma nunca se había destacado por su ortodoxia–, pero sentía la necesidad de decir algo que la consolara, sin oírse tampoco como aquellos que se lo pasaban hablando de la resignación y la aceptación del destino, en tanto y cuanto no se vieran afectados directamente. Por escandaloso que pudiera parecerles a sus colegas, deseaba

hablarle como una hermana, con cariño y respeto, pero, a la vez, con suficiente firmeza para poder atajarla en su caída.

—Jamás nos preparamos para perder un hijo —comenzó, suavemente—. Nos preparamos para perder a nuestros padres, quizás a los hermanos; nos hacemos medianamente a la idea de que quizás quedemos sin pareja... pero no podemos prepararnos para perder un hijo, ni siquiera cuando sabemos que tiene los días contados: siempre esperamos un milagro a último momento. Y quizás el milagro sea, justamente, haberlos tenido durante algún tiempo; que Dios haya confiado tanto en nosotros, como para entregarnos esa personita que nos cambió para siempre e hizo que la vida nunca volviera a ser lo que era antes de su llegada.

“Podrías preguntarme con qué autoridad te hablo, si nunca pasé por una situación como ésta, y tendrías razón. Pero alguna vez estuve a punto, y te aseguro que no me cuesta nada ponerme en tu lugar y sentir en carne propia tu sufrimiento.

Evangelina observó a Elvira. Las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas abundantemente, pero su mirada había cambiado. Un profundo dolor se reflejaba en ella..., pero no era ya el dolor de la incertidumbre y de la negación. Era el dolor de la aceptación. Decidió continuar, con sumo cuidado, pues lo que diría a continuación involucraba a la niña que aún estaba con vida.

—Hacemos por los demás y por nosotros mismos todo cuanto podemos, pero no somos Dios, Elvira, y siempre habrá situaciones que se nos escaparán de las manos. Nos queda entonces el consuelo de **saber** que hicimos lo correcto y que entregamos lo mejor de nosotros mismos. Y una vez más me pongo en tu lugar, y me pregunto: ¿qué me queda de este niño que partió tan prematuramente? Y me respondo a mí misma: los recuerdos de todo lo que compartimos, los cambios que él trajo a mi vida, que perdurarán por siempre, aunque él ya no esté. Y entonces me doy cuenta de que, si no tengo manera de retener a mi lado a los seres queridos, si pueden marcharse en cualquier momento, y si lo único que me ha de quedar de ellos son los recuerdos, tengo que esmerarme en hacer de cada día, una ocasión digna de recordar. Y llego a la conclusión de que Dios nos puso en la tierra para hacer felices a los demás.

Evangelina continuó monologando, sin importarle que se pasara la hora. La prioridad era darle fuerzas y consuelo a esta mujer, que regresaría al cabo de la sesión a su humilde hogar, a cuidar de una niña que quizás tenía los días

contados, y cuya mente seguramente empezaría a atormentarse pensando en lo que sería de ella una vez que la perdiera. Su hija no podía seguir siendo el eje motor de su vida. Tenía que lograr que Elvira se reencontrara a sí misma, que descubriera sus propios gustos y necesidades, que hiciera un espacio en su propia vida para sí misma... Era un objetivo ambicioso. Pero prefería arriesgarse a perder, a no haberlo intentado.